

Cambio y permanencia en las identidades culturales de la península de California, México

*Rosa Elba Rodríguez Tomp
Universidad Autónoma de Baja California Sur*

With the decay of the aboriginal population, the development of the social life in the California peninsula was hard and difficult. The small villages that had been the occupational basis when México became an independent country, though having their origin in the missions founded since the seventeenth century, were integrated by people who came from various places of the globe, all with one common characteristic: precariousness.

The arid territory presented great difficulties for its occupation, with very few adequate places for agriculture and an uneasy communication with the rest of the national territory. Given the absence of any representatives of the church in the territory, the Catholic religion, imposed by the missionaries on the indigenous population as part of the cultural change that was necessary for the Hispanic penetration, started a long process of adaptation. Even with some lasting fundamental elements introduced by the first religious leaders, there was a gap left open for a diversity of practices and representations, in which the members of the small populations and the family ranches assigned their own meanings to the messages and social forms. Such meanings reflected their contexts and cultural experiences, where the indigenous element is not exempt, both from the natives of the peninsula who survived and became Christians and from the indigenous and "mestizos" who arrived from other regions of the country.

En 1821, cuando la independencia de México se consumó, el país no existía más que en la imaginación de unos cuantos individuos y grupos, casi todos en el centro del territorio. Lo que privaba en la enorme extensión territorial que después de 1824 se llamaría oficialmente Estados Unidos Mexicanos, era un conjunto de regiones que se habían desarrollado de forma muy desigual durante la dominación española. El territorio del que quiero hablarles, era de los más alejados, tanto física como políticamente: una notoria península larga y estrecha al oeste de México, producto de una falla geológica, que había sido descubierta y bautizada California desde la tercera década del siglo XVI, pero pudo ser colonizada hasta las postrimerías del XVII. Árida en su mayor parte, esa tierra contiene especies vegetales y animales únicas por haberse desarrollado durante al menos 12 millones de años en relativo aislamiento con respecto a la masa continental. Sólo en algunos sitios, gracias al afloramiento de agua y a la concurrencia milenaria de los grupos humanos que de ellos se valían para su subsistencia, se desarrollan verdaderos oasis que contrastan fuertemente con la sequedad general. El imperio español encontró sumamente difícil extraer de ella algún beneficio, por lo que decidió que fueran los religiosos, primero de la orden jesuita y después de 1767 franciscanos y dominicos, quienes impusieran allí las bases de la ocupación colonial.

Los procesos culturales peninsulares

Si bien es verdad que la cultura no puede ser considerada como un repertorio homogéneo, sí dota a los que la comparten de una base común, generada a través de relaciones directas e indirectas en un espacio y un tiempo determinados. Ello significa que las identidades colectivas, tanto como las individuales, tienen como base a la cultura, y por ello, no son esencias atemporales, sino procesos. Es importante aclarar que, como procesos, y como fuentes de diferenciación entre grupos, las identidades colectivas pueden variar, incluso de manera radical, en el contenido de sus bases culturales y conservar sus límites (Barth 1976:15). En ese orden de ideas, las relaciones culturales se pueden entender como conjuntos de símbolos, signos, representaciones, modelos, actitudes y valores, inherentes a la vida social, que dotan de significado a la convivencia y permiten el desarrollo de las identidades. Así, el espacio que sustenta a cualquier comunidad humana se convierte en un elemento fundamental de la cultura y de la identidad, porque quienes lo habitan objetivan en él todos sus referentes (Hoffman y Salmerón 1997:13-29).

En la región de nuestro interés, las poblaciones originarias, con una economía de apropiación basada en la caza, la pesca y la recolección, habían desarrollado, durante varios milenios de aislamiento relativo, un conjunto de estrategias adaptativas que les permitían relacionarse con su entorno a partir de su estrecho conocimiento de la naturaleza y los recursos que ésta les proveía, a través de la mediación de los chamanes, personajes importantes en todas las prácticas que tuvieran como finalidad la organización de la vida espiritual. Con la llegada de los misioneros a finales del siglo XVII el mundo comenzó a cambiar de manera radical para los grupos de nativos que entraron en contacto con esos representantes del catolicismo español cuya tarea era llevar un conjunto de reglas que fueron impuestas con la ayuda de soldados de misión y que debían generar las bases para la incorporación del lejano territorio a la Nueva España (del Río 1984). Fue así como, con grandes dificultades pero de manera inexorable, el primer territorio californiano fue convirtiéndose en parte de un reino católico, aunque sus pobladores indígenas sufrieron las consecuencias, que consistieron en la paulatina declinación demográfica ante las drásticas transformaciones que se vieron obligados a hacer en su vida, así como las enfermedades importadas por los extranjeros y los ataques violentos de los que fueron víctimas cuando se negaban a obedecer (Rodríguez 2002:195-218).

Habían aparecido, desde los primeros años del dominio español, algunos aventureros interesados en buscar fortuna de forma independiente, aún a costa de la férrea oposición de los misioneros. Casi todos eran parte del personal militar destinado a apoyar el trabajo misionero, que al terminar su periodo de reclutamiento decidían quedarse para probar fortuna buscando placeres perleros o metales preciosos (Amao 1997). A medida que las misiones perdían legitimidad por su escasa población indígena en el sur y centro peninsular, estos otros pobladores, apoyados por el gobierno que les concedía algunas “suertes” de tierra y “sitios”¹ para ganado iban apropiándose de los que habían sido lugares sagrados y territorios de recorrido importantes en el imaginario indígena.

La situación ambigua en la que se encontraban las misiones de la Baja California durante los primeros años de vida independiente de México no es más que el reflejo de la falta de un esquema de gobierno que reconociera las diferencias culturales entre los distintos componentes de la población, especialmente los indígenas, lo cual, aunque puede establecerse como característica general de la política mexicana de la época, adquiere proporciones especiales en el

¹ Una suerte de tierra equivalía a 1.4 hectáreas, y un sitio para ganado a 1,755 ha. (Trejo 1999:11)

territorio de nuestro interés, por tratarse de bandas de cazadores-recolectores que eran considerados, tanto por sus misioneros como por las nuevas autoridades como eternos menores de edad, sin capacidad alguna para hacerse cargo de su vida. Así las cosas, en 1824, una vez derrotado el emperador Iturbide, los partidarios de régimen federal tomaron el poder y se determinó que las Californias, la peninsular y la continental, pasarían a ser territorios sujetos a la federación.² El gobierno mexicano, al igual que el español que lo había precedido, reconocía la fragilidad del poblamiento de tan lejanas provincias y la gran desventaja en la que se encontraban los escasos pobladores ante el embate de embarcaciones extranjeras que comenzaban a recalar en sus costas en busca de recursos.

Como medida urgente para detener los ímpetus de naciones europeas que, al decir de algunos funcionarios, tenían mejor conocimiento de aquellas provincias que el que había tenido el extinto gobierno español,³ además de tratar de resolver otros muchos problemas, de los cuales no era el menor la falta de oportunidades para los colonos a causa del celo de los misioneros, algunos miembros distinguidos del recién instaurado gobierno federal se propusieron la constitución de un órgano denominado Junta de Fomento de las Californias (del Río 2009:121-139). Dicha institución debía encargarse, entre otras cosas, de promover entre los naturales una nueva identidad: la de ciudadanos mexicanos, para que pudieran convertirse, en un plazo perentorio, en los beneficiarios del reparto de las tierras misionales que debía llevarse a cabo después de la secularización de las misiones. Los miembros de la junta, basados en la ideología liberal que defendían, consideraban desde luego que el atraso que mostraban los indígenas en los establecimientos misionales se debía “a los hábitos monásticos, al sistema de pupilaje y a la comunidad que los alejaba de la vida activa y laboriosa y los hacía tan extraños a las demás clases de la sociedad, como lo son las mismas instituciones con [las] que se les educa”.⁴

Hemos de decir que las acciones propuestas por la Junta de Fomento de las Californias no tuvieron, en ninguno de los asuntos que fueron discutidos y sobre los que se emitieron resoluciones, resultados contundentes. Sin embargo, producto de iniciativas de autoridades civiles, diocesanas e individuos interesados en los recursos del territorio, los cambios comenzaron a darse, muy lentamente al principio, pero de manera continuada, sobre todo en el sur del territorio peninsular (del Río 2009:138).

Hacia mediados del siglo la población indígena en la región del sur prácticamente había desaparecido, mientras que pequeñas unidades domésticas, dedicadas a una precaria agricultura, se desarrollaban en un proceso de integración económica y social que los ligaba con los pocos centros urbanos del sur peninsular, como el puerto de La Paz, San Antonio y San José del Cabo (Trejo 1999). Aunque parco, si se le compara con otras regiones del norte de México, el empuje colonizador de la primera mitad del siglo XIX permitió revertir la tendencia declinante de la población nativa en el sur de la Baja California. El paulatino aumento poblacional se debió entonces a la llegada de gente interesada en la minería y la colonización de las tierras que habían pertenecido a las misiones. Allí, las instituciones del estado mexicano comenzaron a ser algo más que propuestas y buenos deseos.

¿Quiénes formaban esa creciente población? Los herederos de los espacios mejor dotados

²Acta constitutiva de la Federación, Archivo General de la Nación (AGNM) *Gobernación*, caja 65, legajo 34, exp. 22.

³Carta del general de brigada Juan José Miñón al ministro de Guerra, México, 26 de abril de 1924, citada en del Río 2009:128.

⁴Plan para el arreglo de las misiones de los territorios de la Alta y Baja California propuesto por la Junta de fomento de aquella península, (en Romero 1995:128-129).

del sur peninsular, aunque tuvieran algunos ancestros indios, se consideraban “gente de razón”. La expresión misma “gente de razón” tiene que ver con aquellos elementos identitarios que refuerzan lazos desde dentro de la comunidad y hacen más visibles las coincidencias o similitudes desde fuera. Muy utilizado en la Nueva España colonial, el concepto transmite ideas de exclusión y segregación tajantes que tienen que ver con la diferencia cultural entre conquistadores y conquistados. Es una categoría de dominio, a la vez que de discriminación, cuando se la compara con su opuesta: la de “gente de costumbre”, es decir, el indígena (Bartolomé 1997).

La conformación de las nuevas identidades

La nueva etapa independiente de México no significó grandes transformaciones en la porción sur del territorio peninsular: los indios casi habían desaparecido, mientras que la llamada en aquellos tiempos “gente de razón”, había fundado ya algunos poblados en los que se dedicaba al azaroso trabajo de la minería y a tratar de sacar algún provecho de las escasas tierras fértiles. Su vida transcurría en los pequeños ranchos familiares con casas de adobe y techos de palma en los que todo, desde las paredes hasta los muebles y utensilios, habían sido confeccionados por los mismos habitantes (Lassépas 1995:300-301). Cuidaban ganado que, por las características de la tierra, no podían mantener estabulado, por lo que debían dejarlo libre para que se hiciera “cimarrón” y, por temporadas lo perseguían para sacrificarlo y aprovechar su carne, piel, leche, cuernos, todo, en fin, lo que fuera de utilidad.

Estos “rancheros” habían establecido, como los indios en sus antiguos territorios de recorrido, una relación entrañable con la árida naturaleza que habitaban. Sabían hacer buen uso de plantas y animales de la región, sobre todo cuando escaseaban los víveres, cosa frecuente en aquellas regiones de pocas e impredecibles lluvias. Se llamaban a sí mismos orgullosamente “californios”, y, aunque se declaraban fervientemente católicos, su lucha por que les fuera reconocido su derecho sobre la tierra los había puesto en oposición a los clérigos, que se manifestaban abiertamente en contra del reparto de las tierras misionales. A falta de templos en los que pudieran desarrollar su espiritualidad, habilitaban en sus chozas espacios sagrados, tal como el descrito por un testigo: con “una estampa mugrienta de la Virgen o la de Napoleón por el Niño de Atocha” (Lassépas 1995:301) y frente a ellos acostumbraban efectuar sus íntimos rituales de comunicación con el mundo espiritual, porque los templos misionales, algunos ya en estado ruinoso, no siempre contaban con el personal adecuado para la impartición de los sacramentos.

Algunos testigos de la azarosa vida que llevaban aquellos californios de las primeras décadas del siglo XIX los juzgaban muy severamente, y hasta se atrevían a compararlos con los indígenas, cosa indignante para ellos. Tal es el caso del comandante y jefe político Miguel Martínez, quien opinaba que eran: “por naturaleza flojos, viciosos, inclinados al ocio, a la embriaguez, al juego y otros vicios, siendo en ellos desconocida la gratitud, carácter que casi es general no sólo en los indígenas, sino también en los que llaman de razón”⁵. A pesar de los conflictos con el gobierno local y su marginación con respecto del nacional que se dejan ver en los comunicados oficiales, la población aumentaba de manera constante, debido no sólo a que, aunque con relativa lentitud, aumentaban también las posibilidades de obtener tierra y ganado

⁵*Noticias estadísticas que para el superior conocimiento del Alto Gobierno dirige el coronel don Miguel Martínez, relativas al territorio de la Baja California del que es actualmente comandante principal y jefe político superior [circa 1836], en Trejo 2002:107.*

para establecerse, sino a que aquella provincia marginal se vio beneficiada, a partir de la independencia, con un aumento en la actividad marítimo-comercial de diversas naciones en las costas del noroeste mexicano. La explicación que podemos dar a esta circunstancia consiste en el hecho de que las regiones septentrionales de la recién constituida nación, como es el caso de la península de California, se encontraban muy alejadas de los controles hacendarios centrales y los intereses comerciales monopólicos de la ciudad de México. De manera que al entrar en contacto con esos navegantes, los pobladores del sur de la Baja California fueron poco a poco integrándose a un mercado internacional que se hizo más intenso cuando la presión del comercio inglés sobre el exclusivismo hispano hizo que México tomara medidas de apertura comercial que favorecieron la habilitación de nuevos puertos y el establecimiento de rutas comerciales por el Pacífico.

Pero, ¿qué tenían que ofrecer los austeros habitantes del sur a los tripulantes de los barcos ingleses y angloamericanos que cazaban nutrias y ballenas en las costas californianas y tocaban la costa para cargar agua y leña? Pues eso, agua, madera, además de otros productos, como carne, sebo, cuero, frutos secos, que eran bien recibidos por los extranjeros, quienes los cambiaban por diversas manufacturas de las que los californios estaban ávidos (Trejo 1999:56). Desde luego que los roces y desacuerdos deben haber sido frecuentes, sobre todo entre estos contrabandistas y las autoridades locales, que veían, además de ilegal, peligroso y desfavorable el intercambio. Así lo hace ver el gobernador José Joaquín de Arrillaga:

Soy de sentir que fundándome en los hechos que he referido, hemos de tener en adelante más recelo en estos buques que continuamente arriban: no han dejado punto que no han registrado, informe que no tomen, sean americanos o ingleses. Su porte con nosotros es bastante altivo y si me dejara llevar de algunos procedimientos y expresiones de estos navegantes diría que nos desprecian y nos hacen burla. Contemplo al mismo tiempo que ya que en nosotros han hallado tan buena acogida, en adelante serán más frecuentes sus visitas.⁶

Seguramente no se equivocaba Arrillaga en sus temores y suspicacia, pues al escudriñar y tratar de indagar todo cuanto pudiera significar alguna ganancia eran estrategias que los extranjeros utilizaban para sacar cada vez mejor partido de sus visitas. Esta paulatina entrada de los californios en el escenario de la globalización, aunque modesta, dejó huella permanente en la identidad de esos pobladores. Además de que podían – y así lo hicieron algunos con mayores recursos – hacerse ellos mismos de embarcaciones e integrarse al cada vez más activo comercio de cabotaje, también algunos de los extranjeros veían con buenos ojos un cambio de vida y ya no embarcaban de regreso a su patria. En los archivos eclesiásticos que se conservan de los asentamientos que habían sido sitios de misión aparecen frecuentemente registros como el matrimonio de Juan Aguilar, que casó con Narcisca Castillo el primero de febrero de 1825. Aparentemente no hay nada de particular en ese acontecimiento, si no fuera porque el padre que efectuó la unión registró que Juan Aguilar fue el nombre hispano que tomó John McClish, de nacionalidad irlandesa, al ser bautizado en ese templo de San José del Cabo para casarse (Martínez 2011:266).

Hacia 1857 un censo reportaba que existían en el centro y sur de la península 104 extranjeros avecindados en los distintos pueblos y ranchos. De ellos, 62 estaban casados con mujeres de la región. Entre las nacionalidades de estos inmigrantes encontramos una mayoría de franceses (35) y norteamericanos (20), pero también españoles, portugueses, italianos, alemanes,

⁶*Informe del gobernador interino de Baja California, José Joaquín de Arrillaga, al virrey*, en Trejo 1999:57.

peruanos, chilenos, ecuatorianos, cubanos e ingleses (Lassépas 1995:113-114). Esa notable inyección multicultural produjo algunas de las familias más conspicuas del territorio y propició un particular modo de ser del cual son herederos sus actuales pobladores. Durante todo el siglo XIX y parte del XX los caminos para comunicar a los poblados y los ranchos eran malos e inseguros, pero las rutas marítimas creaban un lazo fuerte que trasladaba no sólo mercancías, sino, más importante, personas e ideas. Ese es, pues, el origen de la identidad sudcaliforniana.

Bibliografía

Amao, Jorge Luis

1997 *Mineros, misioneros y rancheros de la Antigua California*, Instituto Nacional de Antropología e Historia-Editorial Plaza y Valdés, México.

Barth, Frederik (ed.)

1976 *Los grupos étnicos y sus fronteras: la organización social de las diferencias culturales*, Fondo de Cultura Económica, México.

Bartolomé, Miguel Alberto

1997 *Gente de costumbre y gente de razón: las identidades étnicas en México*, Siglo XXI Editores, México.

del Río, Ignacio

1984 *Conquista y aculturación en la California jesuítica, 1697-1768*, Universidad Nacional Autónoma de México.

2009 *Estudios históricos sobre la formación del norte de México*, Universidad Nacional Autónoma de México

Hoffmann, Odile y Fernando I. Salmerón Castro

1997 “Entre representación y apropiación: las formas de ver y de hablar del espacio”, en *Nueve estudios sobre el espacio: representación y formas de apropiación*, Odile Hoffmann y Fernando I. Salmerón Castro, pp. 13-29, CIESAS, México.

Lassépas, Ulises Urbano

1995 *Historia de la colonización de la Baja California y decreto del 10 de marzo de 1857*, Universidad Autónoma de Baja California.

Martínez, Pablo, L.

2011 *Guía familiar de Baja California, 1700-1900*, Gobierno del Estado de Baja California Sur, La Paz.

Rodríguez Tomp, Rosa Elba

2002 *Cautivos de Dios: los cazadores-recolectores de Baja California durante el período colonial*, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México.

Romero Navarrete, Lourdes

1995 *Política y población en el septentrión bajacaliforniano: del antiguo régimen a la república (1769-1853)*, tesis, Instituto Mora, México.

Trejo Barajas, Dení

1999 *Espacio y economía en la península de California, 1785-1860*, Universidad Autónoma de Baja California Sur, La Paz.

2002 (ed.) *Informes económicos y sociales sobre Baja California (1824-1857)*, Universidad Autónoma de Baja California Sur, La Paz.